



JOAQUÍN SALLERAS

Llegenda
Los Amantes
de la
Ribera

Imagen (El Ángelus, Millet)

Llegenda

Amantes de la Ribera

Las leyendas de amores románticos gustan mucho, Joaquín. ¿Conoces alguna que ocurriera en Fraga o en nuestras Riberas?

"La oí contar en el Fogaril de mi dida, la So Bovera, pero nunca he sabido relacionarla en qué época ocurrió", contesté.

Sé que se mencionaba en ella a los Reyes Católicos. Por lo tanto, una historia que recordaba la Edad Media. Eso es lo que explicaban los mayores, quizá pensando en los pequeños:

Cuentan que un día, un vecino de Fraga llamado Mahull se trasladó a la Vallcorna para hacer carbón de leña, cuando se encontró con un vecino llamado Ibarz de la localidad de Mequinenza, que estaba cazando en sus tierras. La cortesía de Mahull se perdió pronto y recriminó a Ibarz de Mequinenza que merodeara las partidas del término de Fraga, en vez de las propias de sus términos.

Al poco, cada uno con sus razones, llegaron a las manos y cada uno decía que quería matar al otro, y alzaron voces y modos de trato. Afortunadamente, los calores se sosegaron y cada uno volvió para su pueblo.

Pasaron algunos pocos años, y aunque coincidían ambos en alguna Feria, no se hablaban, ni se miraban a la cara. Incluso algunos conocidos auguraban que aquella relación entre Mahull e Ibarz iba a acabar muy mal, pues todavía mantenían viva la furia de otro tiempo. Cada cual repetía el dicho: "qué se ha creído; un día lo tengo que matar."

Lo que ninguno de los dos imaginaba es que Teresa Ibarz, la hija del vecino de Mequinenza, se había de enamorar en las fiestas de la Ribera de Pere Mahull, un mozo de piel curtida, cabello rizado, de trata galante y mirada penetrante. Ambos compartieron bailes, bota de vino, música de laúdes, fogasa y sonrisas. La huella del encuentro pervivió en sus corazones. Volvieron a verse unos meses más tarde en lo alto de San Salvador de Torrente. Sendas procesiones de encuentro ribereño les condujo en aquel bello paraje. Pronto se buscaron para estar juntos.

El tiempo, la juventud, y sus sentimientos habían de convertir sus deseos y sentimientos en encuentros más frecuentes, ya fuera en la Feria de Fraga, ya en una jornada festiva en Mequinenza. Sólo era cuestión de tiempo que descubrieran que, uno sin el otro, era como si faltara luz en sus vidas. Y un día, contemplando el agua del río Ebro, Pere Mahull pidió a Teresa en matrimonio sin conocer la vieja historia de sus padres.

La férrea resolución de los amantes fue tan fuerte que llegó al corazón de sus respectivos padres. Acabaron concordando un encuentro en la plaza de Torrente de Cinca, frente a la iglesia. Lejos de manifestarse miradas agresivas, ambos hablaron de olvido y de perdón, por el bien de sus hijos. Igual que funden sus aguas el Segre, el Cinca con el Ebro, aquellos Amantes consiguieron unir en una verdadera relación familiar a sus padres. Pere y Teresa sólo se separaron el tiempo preciso, cuando Pere fue requerido en la obligada asistencia al cerco de Granada de 1492. Luego, volvieron a reunirse de por vida. El Amor había triunfado para sembrar la Ribera de vida.

Joaquín Salleras Clarió